

Aprender idiomas es respetar al otro

Mathilde Gerard

Una periodista francesa da su impresión sobre la necesidad de ubicar al francés en el lugar que le corresponde. También sostiene que para ser respetados como francófonos hay que conocer la lengua de los demás.

Primero las cifras: 175 millones de francófonos en el mundo, dentro de los cuales, 100 millones utilizan el francés como primera lengua y 75 millones lo hablan ocasionalmente. Hay que añadir 100 millones de *francisants*, que lo estudian o lo estudiarán. Son estimaciones toscas, pero dan idea del rango del francés en el mundo, el noveno, lejos del mandarín, hindú, árabe o portugués.

Luego, el diagnóstico: Optimista para algunos que rechazan el fatalismo de la dominación del inglés, y notan ejemplos alentadores de resistencia, como sucede con los hispanohablantes en Estados Unidos. Negro para otros, que observan la caída libre del aprendizaje del francés en Europa (-13,6% en diez años) y en América (-9,6%). Y si bien notan su aumento en África (+61,9%), ven que no es proporcional a la escolarización inicial. También están los relativistas, que recuerdan que hay lenguas mucho más amenazadas que el idioma de Molière, como los diversos dialectos regionales europeos o las lenguas indígenas latinoamericanas.

Finalmente, las propuestas de acción. Todos concuerdan en que hay que movilizar para hacer del francés un idioma más atractivo. Pero, ¿cómo? Hay quien cree que el francés puede reunir una comunidad en torno de valores compartidos: los derechos humanos, el respeto de la diversidad cultural y el apoyo a una globalización con cara humana. ¿Pero un idioma se puede realmente asociar a valores fijos? El francés es tan ambivalente como la gente que lo habla.

No niego que un idioma refleje una historia y una cultura. Estudiando el francés, uno se puede acercar a la expansión del imperio romano desde el siglo III a.C., descubrir el establecimiento de escuelas de traductores árabes en la edad media—que nos dejaron palabras como *algébrico*, *arobase* o *abricot*— y el pasado colonial de Francia, con el cual se introdujeron en nuestro vocabulario el *toubib* (el médico), el *bakchich* (la propina) o el *klebs* (el perro). Aprender un idioma es una manera de entender una cultura, pero ¿de qué cultura hablamos? “El francés ya

no les pertenece”, decía Léopold Sédar Senghor, primer presidente del Senegal independiente y padre de la *francophonie*, a los habitantes de la *métropole*. No es seguro que todos lo hayamos entendido.

En Francia, la Académie française funciona como guardián del idioma, fija su ortografía y su gramática, como la Real Academia Española. Pero a diferencia de su hermana hispánica, que funciona en red con las academias latinoamericanas, la Académie trabaja sola. Hace un año, uno de sus eminentes miembros, Maurice Druon—que dejó la institución desde entonces—, denigró el *québécois* en un episodio polémico. Dijo que a su juicio los quebequeses se expresan en un “habla pintoresco”, importado “antes de Corneille y Racine, antes de Boileau, antes de la Académie, que harán del francés una lengua muy segura, muy pura, muy exacta.” ¿Cómo puede ser pura y exacta una lengua, cuando lo que hablamos es un *criollo* en el sentido más literal, una mezcla de idiomas, fruto de distintas influencias en el tiempo?

El francés debe dejar de amarrarse a su pasado del siglo de oro, cuando era idioma de las luces, de la diplomacia y del derecho. Debe enfocarse en su cultura aglutinadora. En las escuelas secundarias británicas o suecas, a la hora de elegir un idioma extranjero, los alumnos escogen en primer lugar el castellano, porque han leído a García Márquez y a Pablo Neruda y les atrae la idea de viajar a América latina; en sus palabras, el castellano “es más útil”. Pero el francés no está perdido. Es el único idioma que se habla, con el inglés, en los cinco continentes: hay que valorizar esta fuerza.

No creo que el futuro del francés se encuentre en las instituciones internacionales, en los pasillos de la ONU o del Comité internacional olímpico. En la Unión Europea, que cuenta ahora con 23 idiomas oficiales, el peso del inglés se refuerza

inexorablemente frente a los costos de traducción—el 1% del presupuesto de la U.E. Esta batalla tal vez sí está perdida.

El futuro del francés se encuentra en sus potenciales millones de alumnos en África, Asia o América. En Senegal, donde el francés es el único idioma oficial, solamente el 10% de la población lo habla. Los esfuerzos deberían dirigirse hacia el 90% restante, apoyando el sistema educativo. En China, aunque solamente el 0,02% de la población escolarizada estudia el francés, los departamentos universitarios de francés se multiplicaron en los últimos años, pasando de 30 en 2002 a 62 en el 2005. Una señal alentadora.

Y una última sugerencia: antes de exigir que los diplomáticos de la ONU hablen nuestro idioma, sería bueno que mostremos nuestra capacidad de hablar el idioma de los demás. Porque aprender idiomas es también una cuestión de respeto mutuo, que debe ir en doble sentido.



“¿Cómo puede ser pura y exacta una lengua, cuando lo que hablamos es un *criollo* en el sentido más literal, una mezcla de idiomas, fruto de distintas influencias en el tiempo?”



Mathilde Gerard

De nacionalidad francesa, siempre tuvo el gusto por aprender idiomas. Tras estudiar ciencias sociales en el Trinity College de Dublín (Irlanda) y en la Universidad de Sevilla, estudió periodismo durante dos años en París antes de cruzar el Atlántico e instalarse en Buenos Aires. Integró la redacción web de *lemonde.fr* y escribió y tradujo artículos para la revista online multilingüe *cafébabel.com*. Trabaja ahora en la revista *N* de Clarín.